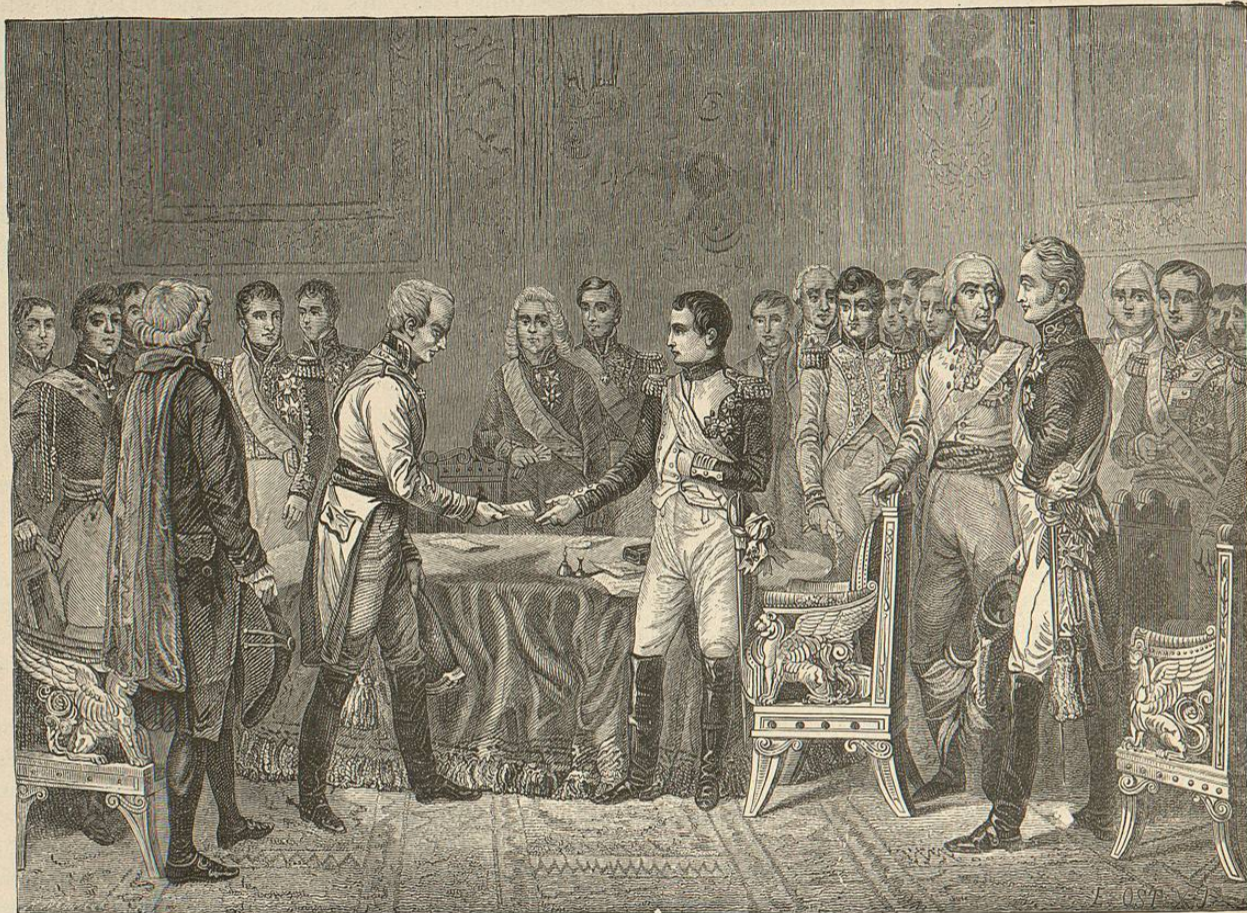


gido á los elementos jóvenes de su auditorio: «El esmalte de la juventud desaparecerá de vosotros y la llama de vuestra imaginación cesará de alimentarse de sí misma; pero apoderaos de esta llama, poetizadla con pensamientos claros, apropiados el arte de exponerlos y recibiréis en recompensa la más bella cualidad del hombre, el carácter. Con esta especulación clara conservareis la fuente del eterno esplendor de la juventud, y aun cuando vuestro cuerpo envejezca y vuestras rodillas se doblen, vuestro espíritu renacerá constantemente

con nuevo vigor y vuestro carácter se conservará firme é inmutable.»

En la misma techa en que tales discursos se pronunciaban apareció, en la primavera de 1808 (1), la obra de Goethe: *Fausto, tragedia. Primera parte*. Desde que en 1790 había publicado su *Fragmento*, Goethe había adquirido mucha experiencia. Últimamente, la muerte de Schiller había abierto en su existencia una herida que no podía cicatrizarse, y los días de terror de octubre de 1806 y todas sus fatales consecuen-



Congreso de príncipes reunido en Erfurt (27 de setiembre á 14 de octubre de 1808). — Recepcion del embajador austriaco baron de Vincent.
De un cuadro de Nicolás Luis Francisco Gosse (1787-1878) en la Galería histórica de Versalles

cias habían puesto para siempre término á la edad de oro de «ilustración tranquila» que tuvo su famoso centro en Weimar. Del cambio sufrido por el idealismo de Goethe encontramos importantes huellas en las nuevas escenas que aparecen en la primera parte de la tragedia de Fausto. En el monólogo que recita Fausto cuando después del paseo con Wagner regresa á su cuarto de estudio seguido de su perro, vemos un fragmento que relacionado con nuestro estudio aparece bañado en nueva luz. Dice así:

«Está escrito que en un principio existía la palabra, y aquí me detengo. ¿Quién me ayudará á seguir adelante? Imposible me es imaginarme la palabra á tanta altura y la debo traducir de otra manera si es que mi espíritu me ilumina rectamente. Está escrito: en un principio existía el sentido, ¿es el sentido quien todo lo hace y crea? Debería decir: en un principio existía la fuerza, pero cuando voy á suscribir esto, algo me advierte que no he de detenerme aquí. El espíritu viene á mi auxilio y encuentro remedio á mi perplejidad escribiendo: en un principio existía el hecho.»

Palabra, sentido, fuerza, hecho: tales son los retoños de la

gradación por medio de la cual nuestro idealismo curativo traspuso *la edad de papel* de su estéril cosmopolitismo.

CAPITULO II

GUERRA POPULAR EN ESPAÑA, AMORDAZAMIENTO DE PRUSIA É INSURRECCION DE AUSTRIA

Napoleon, en uno de aquellos momentos lúcidos de que no careció nunca antes de haberse cortado á sí mismo la retirada en la cuestión de España, escribió con fecha de 29 de marzo de 1808 á su cuñado el gran duque de Berg (2): «No creais que vais á atacar á una nación desarmada y que os bastará hacer ostentación de vuestras tropas para sojuzgar á España. La revolución de 20 de marzo demuestra que los españoles están dotados de energía. Teneis que habéroslos

(1) *Fausto de Goethe*, publicado por Loeper, prefacio.

(2) *Corresp.*, XVI, págs. 450-451. Véase Thiers, tomo VIII, páginas 543-547 y 671-679.

con un pueblo joven (*un peuple neuf*), que está dotado de todo el valor y que tendrá todo el entusiasmo que palpitan en hombres no gastados todavía por las pasiones políticas. La nobleza y el clero son los amos de España y si llegan á temer por sus privilegios y por su existencia, promoverán contra nosotros el levantamiento de las masas, que puede hacer interminable la guerra. Tengo partidarios, pero si me presento como conquistador, no me quedará uno solo. El príncipe de la Paz es detestado porque se le acusa de haber entregado la España á Francia: esta acusación ha contribuido á la glorificación de Fernando. El príncipe de Asturias no posee ninguna de las cualidades de que debe estar dotado el jefe de una nación, pero esto no será óbice para que se le

convierta en héroe á fin de poder oponérselo á nosotros. No quiero que se haga uso de la violencia contra las personas de esta familia, pues nunca es prudente hacerse abominable y encender los ódios. España tiene sobre las armas unos 100,000 hombres y esto es suficiente para sostener con ventaja una guerra popular, pues estas tropas diseminadas en diferentes puntos pueden, en caso de un levantamiento, servir de apoyo á la monarquía. Inglaterra no desperdiciará la ocasión de multiplicar nuestros apuros: esta potencia envía diariamente avisos á las fuerzas que tiene situadas en las costas de Portugal y en el Mediterráneo y no cesa de reclutar sicilianos y portugueses. Como la familia real no ha abandonado á España para trasladarse á las Indias, solo una re-



Entrada de Napoleon en España.

volucion puede cambiar el estado de cosas de ese país, y para esto quizás está poco preparada la Europa por lo menos. Los que tienen puesta su atención en los horribles crímenes de ese gobierno y en la anarquía que ha sustituido al legítimo poder del Estado, constituyen una minoría: la mayoría saca provecho de esta anarquía y de estos crímenes.» Todo cuanto Napoleon en su perspicacia había previsto y á pesar de esto luego olvidado, sucedió en efecto, descargando sobre él un terrible golpe cuya magnitud excede á toda ponderación (1). En Oviedo, capital del principado de Asturias, celebraba desde 1.º de mayo de 1808 sus sesiones una asamblea de 42 delegados municipales que, en virtud de tradicional costumbre, cuidaba de los asuntos públicos del principado y que, á la sazón, en presencia de los acontecimientos, se convirtió en asamblea provincial. En otro tiempo, cuando los árabes de Tarik asolaban todo el país hasta los Pirineos, se habían refugiado en las montañas de Asturias los últimos restos de la España cristiana, que desde allí iniciaron más

adelante aquella guerra de religión contra la media luna en la cual se fundían en el ánimo del pueblo hispano las ideas de fe, patriotismo y fidelidad á los reyes. Los restos de altivez y de sentimiento de honor y de justicia, que esta nación había conservado vivos y puros á pesar de la desdichada gestión administrativa del príncipe de la Paz, manteníanse allí en toda su fuerza y con varonil convencimiento de su valía. El heroísmo que en las luchas de otro tiempo había mostrado la Iglesia de Asturias, vencedora bajo la dirección del legendario Pelayo, había sido recientemente llevado á la escena por los poetas nacionales Jovellanos (2) y Quintana y había impresionado profundamente los ánimos. De esta orgullosa tradición dimanaba un derecho de salvación que la gravedad de las circunstancias convertía en deber. Desde la hecatombe ocurrida en Madrid el día 2 de mayo, que habían presenciado muchos asturianos, fué imposible sujetar el furor del pueblo contra los franceses, y cuando llegó la noticia de los

(2) Baumgarten: *Don Gaspar Melchor de Jovellanos. Revista histórica*, tomo X (1863), págs. 323-386.

(1) Baumgarten, tomo I, pág. 235.

sucesos de Bayona (1), la nobleza y el clero, los habitantes de las ciudades y de los campos se levantaron al grito unánime del odio y de la venganza contra la dominación extranjera y contra la infamia de la traición. En 25 de mayo la Junta general de Oviedo acordó y anunció la declaración solemne de guerra contra Napoleón: un pueblo pequeño de 348,000 almas desafiaba a un soberano que tenía amordazada a la Europa entera, y a su llamamiento acudían gozosos a empuñar las armas muchísimos voluntarios. La *Gaceta* de 20 de mayo, que anunciaba la abdicación de los Borbones en favor de Napoleón, fué para toda España lo que la chispa de fuego arrojada en un barril de pólvora. Al tener noticia de aquel suceso y sin previo conocimiento de lo ocurrido en Oviedo, subleváronse Cartagena y Valencia, en 22 y 23 de mayo respectivamente; el día 24 imitaron su ejemplo Murcia y Zaragoza, el 26 Santander y Sevilla y el 30 la Coruña, Badajoz y Granada.

Una sola semana había bastado para que se llevara a cabo un levantamiento en masa, ejecutado con una unanimidad, una violencia y un apasionamiento sin ejemplo. Guiados por los sacerdotes, entusiasmados por el tañido de las campanas que parecían llamarles a un servicio divino, llevando a sus santos por delante, sosteniendo con una mano el rosario y con la otra un sable ó un fusil, levantáronse todos los españoles a los gritos, por millares de voces repetidos, de: «¡Viva Fernando! ¡Mueran los franceses!» Lo que entonces comenzó fué una guerra de independencia a la par que una revolución, un levantamiento generoso por la libertad y por la patria y al propio tiempo una anarquía, en medio de la cual las pasiones populares desenfrenadas se entregaron a la muerte, al asesinato y a toda clase de crímenes contra los franceses. Cuando en 7 de junio llegó el nuevo rey José a Bayona, el país que había de gobernar ardía violentamente de un extremo a otro. Napoleón había juntado entonces en España 110,000 hombres, y en los primeros combates que este ejército trabó con los insurrectos quedó demostrada en toda su grandeza la superioridad de las tropas regulares. El rey José consiguió llegar hasta Madrid; pero desde los primeros pasos que dió en tierra española comprendió, — y este convencimiento se robusteció cada día y a cada hora mas, — que se encontraba solo, completamente solo, enfrente del desbordado fanatismo de un pueblo mortalmente exasperado y resuelto a todo, y que a su lado únicamente tenía las bayonetas que el emperador había puesto a sus órdenes y de las cuales no se sentía siquiera con fuerza suficiente para disponer como general, pues ignoraba por completo el arte en que su hermano era maestro. Las heroicas poblaciones de Zaragoza y de Valencia rechazando verdaderos ejércitos, y la vergonzosa derrota con que terminó la marcha del general Dupont a Andalucía, fueron buena prueba de cuán poco pueden en último resultado las bayonetas enfrente de todo un pueblo levantado en armas. El general Dupont, cercado por todos lados en Bailén (en el camino que desde Sierra Leona descende al valle del Guadalquivir) por el ejército español a las órdenes del general Castaños, tuvo que rendir las armas con sus 8,242 hombres el día 21 de julio; las divisiones de Vedel y de Dufour se rindieron también el día 24 con 9,393 hombres: todo este ejército fué embarcado en los buques de la bahía de Cádiz como prisionero de guerra, faltándose a la capitulación, en virtud de la cual se les había permitido regresar libremente a Francia (2). Nada se oponía ya a la marcha de los españoles sobre Madrid. Al tener noticia de lo ocurrido en Bailén, el rey José resolvió evacuar esta

(1) Véase anteriormente.

(2) Baumgarten, tomo I, pág. 278; Thiers, tomo IX, pág. 53.

capital y retirarse hasta el Ebro. Así lo hizo, siendo llamado el general Verdier, que acababa de apoderarse de Zaragoza y que precisamente entonces se apercebía a recoger los frutos del terrible bombardeo con que había asolado la ciudad. En 16 de agosto llegó José a Miranda de Ebro y en 21 del propio mes perdía Junot todas sus conquistas en Portugal: derrotado este general por los ingleses en Vimeiro, firmó en Cintra una capitulación, en virtud de la cual su ejército fué embarcado en buques ingleses y conducido a Francia.

La noticia de estos sucesos produjo en Europa una impresión indescriptible, y las ilusiones que entonces se apoderaron de todos los pueblos martirizados merecen realmente disculpa, en gracia de la impaciencia que en su afán de libertad les devoraba. Pero al fin eran ilusiones y la posteridad no puede dejar de calificarlas de tales. La superioridad de los ejércitos populares sobre las tropas regulares no quedaba en manera alguna demostrada y el poderío universal de Napoleón no estaba ni con mucho herido de muerte; en cuanto a que desde España pudiera derribarse el imperio, era empresa que ofrecía pocas probabilidades de éxito. La interminable guerra en que Napoleón se veía enredado con España, sobre todo desde que esta nación había conseguido el auxilio de un ejército inglés mandado por un héroe como Arturo Wellesley, era ciertamente una herida para el imperio, como la de la Vendée lo había sido en otro tiempo para la República; pero el terror que a pesar de ella y aun después del juicio de Dios de 1812 seguía inspirando Napoleón demuestra cuán prematuras eran las consecuencias que de la guerra de España se habían sacado para venir a creer que Napoleón estaba real y esencialmente debilitado.

Prusia fué el país que mas inmediatamente sintió los efectos de estos acontecimientos.

En virtud de la paz de Tilsit esta nación había perdido 2,851 millas cuadradas con 5,158,489 habitantes, y el territorio que le quedaba abarcaba 2,856 millas cuadradas y tenía una población de 4,594,000 almas (3). A costa de una mutilación que no podía llevarse con paciencia había conseguido la suspensión del derramamiento de sangre, pero no había comprado ninguno de los beneficios que con la noción de paz suelen relacionarse, pues Napoleón había resuelto destruir en plena paz a este pueblo, del cual sabía que nunca le perdonaría, apelando para ello al terrible abuso que de las palabras fe y lealtad consentía entonces el derecho del mas fuerte. Por el convenio de 12 de julio de 1807 los franceses debían evacuar en todo el mes de octubre ó a lo sumo en 1.º de noviembre del propio año todas las provincias que habían quedado siendo propiedad del rey, si para entonces se habían pagado las indemnizaciones de guerra estipuladas ó se daban por lo menos seguridades bastantes que garantizaran su pago (4). El ejército napoleónico estaba distribuido de la siguiente manera: el cuerpo del general Davout ocupaba el distrito de Varsovia; el de Bernadotte la Pomerania sueca; en Prusia, entre el Vístula y el Elba había 160,000 hombres con 50,600 caballos (5) que vivían a expensas de la población, y para seguir manteniéndolos mas adelante a costa de Prusia, esta nación debía ser puesta, por todos los medios imaginables y contra el texto mismo del tratado, en tales condiciones que por muy fabulosas cantidades que pagara, nunca llegase para ella el día en que ninguna demanda de dinero formulada por Napoleón pudiera servir de pretexto para negarse a la evacuación del territorio. Con hechos irrefutables demostró Prusia que Francia había recibido de ella hasta 12 de julio

(3) Duncker: *Del tiempo de Federico el Grande y de Federico Guillermo III*, Leipzig, 1876, pág. 282.

(4) Véase anteriormente.

(5) Duncker, obra citada, pág. 509.

de 1807 la enorme suma de 207.436,242 francos, 69 céntimos, de ellos 98.662,125 por indemnizaciones de guerra, 16.832,756 por rentas del Estado y 56.228,941 por cobros. En su consecuencia, Prusia había pagado 55 millones mas de lo que debía, pues las indemnizaciones de guerra estipuladas ascendían a lo sumo a 152 millones. Todo fué en vano: Napoleón, por conducto de su intendente general Daru, exigió otros 150 millones, porque sabía que Prusia no podía pagarlos, para de esta suerte lograr, contra lo que el tratado prescribía, que Prusia siguiera costeando el mantenimiento de su ejército. Cuando el rey envió a su hermano, el príncipe Guillermo, para que se vistase con el emperador, y después que el emisario hubo descrito delante de éste, en 8 de enero de 1808, con arrebatadora elocuencia la miseria del país y la desesperación del rey, Napoleón contestó secamente «que nunca podría él contar con Prusia; que sabía que todos los prusianos le odiaban; que este sentimiento se traslucía en todas partes; que cada día tenía de ello nuevas pruebas por las cartas que interceptaba, y que desde el momento en que el gobierno no podía dominar la opinión pública, él siempre se vería obligado a estar sobre las armas contra Prusia y a tener cerca de Berlín un número de tropas respetable (1).» El príncipe, a pesar de los nobles esfuerzos que hizo en París, no logró mas que el desesperado convencimiento que en su memoria de 13 de marzo resumía en las siguientes palabras: «Prusia no será evacuada aunque paguemos lo que de nosotros se exige.» Pero la magnitud de los desastres sufridos por sus generales en España, que hacían necesaria la retirada de sus veteranos, produjo un cambio repentino en la actitud de Napoleón. Después de siete meses de infructuosas negociaciones, por fin partió el ministro Champagny, en 11 de agosto de 1808, con un borrador de tratado que aseguraba la tan deseada y con tanta frecuencia pedida retirada de los franceses de Prusia, bien que bajo condiciones tales que ni el príncipe Guillermo ni el embajador baron de Brockhausen creyeron posible aceptarlas. Ambos se resistían aun cuando el día 3 de setiembre el ministro Champagny les presentó una carta interceptada que el ministro Stein había dirigido en 15 de agosto al príncipe de Sayn-Wittgenstein, que se encontraba en Dobberan, y de la cual se desprendían sentimientos tan hostiles contra Francia que el ofrecimiento de un tratado, por duro que fuese, podía ser considerado como una especie de prueba de longanimidad. En la mañana del 8 de setiembre el *Monitor* publicaba la carta de Stein, y en aquel mismo día firmaba el príncipe, para evitar — según escribió el día 9 al rey, — que Napoleón fundándose en esta carta declarara rota la paz de Tilsit. «Si se pusiera en abierta guerra contra nosotros, podría arrasarse nuestras fortalezas, destruir nuestros bosques, distribuir nuestros dominios entre los condes del imperio, apoderarse en calidad de rehenes de las personas mas ricas y mas ilustres, precipitar la bancarota de los Estados prusianos, completar, en una palabra, la ruina de nuestras provincias, ó bien — como ya ha amenazado que lo haría, — engrosar el partido del sistema de cesiones territoriales, sistema que hoy por hoy está cuando menos aplazado (2).»

De modo que, como había sucedido con la paz de Tilsit, el tratado de 8 de setiembre de 1808 fué ofrecido por el fuerte al impotente, el cual, «con el cuchillo en la garganta,» lo aceptó, para evitar mayores males y quizás la completa ruina. Este tratado fijaba definitivamente la suma todavía

(1) Hassel: *Historia de la política prusiana*, 1807-1815. Leipzig, tomo I, pág. 84.

(2) Hassel, obra citada, pág. 487. Entre los corifeos del sistema de la cesión de territorios figuraba en primera fila Teodoro de Schon. Hassel, pág. 70.

pagadera por parte de Prusia en 140 millones, en vez de los 180 anteriormente exigidos por Champagny, y mientras esta cantidad no se hiciera efectiva, los franceses, en número de 10,000, debían ocupar las tres fortalezas del Oder, Glogau, Stettin y Kustrin; el resto de los Estados del rey de Prusia debía ser evacuado a los 30 ó 40 días de haberse cangeado las ratificaciones del tratado. Para poner en comunicación las tres fortalezas del Oder con el ducado de Varsovia y la ciudad de Dantzig, declarada libre, con Sajonia y Magdeburgo, Prusia debía consentir en la construcción de siete caminos militares y de etapas, y se obligaba, además, en virtud de un artículo secreto, a no tener por espacio de diez años mas de 42,000 hombres en pié de guerra.

Napoleón, a propósito de la entrevista que había celebrado en Erfurt con el emperador Alejandro, escribió a éste en 14 de octubre que, para darle una prueba convincente de su amistad, había rebajado en 20 millones la deuda de guerra de Prusia (3); y al emperador Alejandro le conmovió tanto esta manifestación, que aquel mismo día renunció a una ventaja que en un artículo adicional de la paz de Tilsit había sido concedida al rey de Prusia, y en virtud de la cual esta nación debía tener en las orillas del Elba un aumento de 400,000 almas en el caso de que el reino de Westfalia se redondeara con el Hannover, operación que había comenzado ya con la adjudicación de Gottinga y de Grubenhagen. El emperador Alejandro creía que la magnánima rebaja de 20 millones bien merecía esta renuncia de su parte, sin sospechar ni remotamente la deslealtad de todo punto inútil con que había procedido Napoleón. En efecto, éste se había hecho pagar los referidos 20 millones por el rey de Sajonia, autorizándole, en cambio, en el tratado secreto de Bayona de 10 de mayo de 1808, para apropiarse de un modo expedito y contrario a toda ley los capitales prusianos impuestos en el ducado de Varsovia por el Banco, el comercio marítimo, la caja comun de viudedades y muchos particulares, fondos que ascendían en junto a 30 millones de thalers, y respecto de los cuales el artículo 25 de la paz de Tilsit prevenía que en nada debía afectarlos la cesión del ducado (4). Por último, en 5 de diciembre de 1808 los franceses evacuaron el territorio prusiano a excepción de las tres fortalezas del Oder. En 9 de marzo de 1809 escribía Napoleón al conde Roederer: «He sacado de Prusia unos mil millones (5).» Entretanto, Napoleón había firmado, en 12 de octubre, con el emperador Alejandro, en el suntuoso congreso de príncipes celebrado en Erfurt, un nuevo tratado que le garantizaba la completa tranquilidad en el Este, mientras dominaba el levantamiento de España y que le aseguraba el auxilio de Rusia para el caso de que Austria se rebelara contra él. En cambio reconocía que la Finlandia, Moldavia y Valaquia seguirían formando parte del imperio ruso y que no se haría la paz con Inglaterra mientras no reconociera este engrandecimiento de Rusia y el cambio realizado en España. La Puerta nada debía saber naturalmente de esta deslealtad que con ella cometía Napoleón. Rusia debía guardar el mas profundo secreto sobre los mencionados artículos y tratar de conseguir buenamente que la Sublime Puerta le cediera los dos principados danubianos; y en el caso de que no consiguiera su intento y fuera necesario emprender nueva guerra contra la Puerta, el emperador no exigiría que los franceses tomaran parte en ella y se contentaría con sus buenos oficios. Solo en el caso de que el Austria ó cualquiera otra potencia enemiga hiciera causa comun con Turquía, obligábase el

(3) *Corresp.*, XVII, pág. 556.

(4) Duncker, págs. 524-527. Véase Garden, tomo X, pág. 276.

(5) Duncker, pág. 504.